

Lecturas

Sacerdotes de la religión civil

Viene de la página anterior

El segundo libro de Winock, publicado en francés en 1997 y traducido en 2010, es complementario, temática y cronológicamente, del anteriormente citado, ya que **El siglo de los intelectuales** vuelve sobre Zola y concluye con Sartre, los dos escritores más emblemáticamente comprometidos. Precisamente el caso Dreyfus otorga a la palabra «intelectual» su significado posterior. La obra se divide en tres partes: los años de Barrès, los años de Gide y los años de Sartre. El nombre de este último resulta a su vez inseparable, en términos comparativos, de los de Albert Camus y Raymond Aron.

¿En qué consiste el oficio o la función del intelectual? Es imposible no apreciar en los intelectuales un cierto carácter sacerdotal, relacionado con las diversas religiones civiles de la última centuria. El hundimiento de tales religiones —y muy señaladamente el de la ideología comunista— ha hecho decrecer el prestigio sacral de los intelectuales. Desde 1956, 1968 o 1989, la intelectualidad francesa ya no trata de buscar en la Historia «un objetivo universal, el objetivo final del mundo», según la consigna que Marx creyera encontrar en Hegel. La caída del muro de Berlín y la implosión del régimen soviético, escribe Winock, acabaron de arruinar el historicismo de izquierdas que había alimentado desde los años treinta tantas obras y trayectorias. Ya en el curso de la década de los setenta gran número de intelectuales franceses renunciaron a las ideologías globalizantes, al historicismo y a los exotismos de promisión. Un manifiesto de entonces, publicado el 4 de julio de 1973 en «Le Monde», proclamaba solemnemente: «Ningún país, ningún régimen, ningún grupo social es portador de la verdad y la justicia absoluta, y sin duda ninguno lo será jamás». El encanto y el desencanto intelectual del experimento totalitario bolchevique, por cierto, ha sido tratado magistralmente por François Furet en **El pasado de una ilusión** (1995, FCE).

¿Quiere ello decir que, sin religión



El siglo de los intelectuales
Michel Winock
Edhasa, 2010

civil de la que ser intelectual orgánico, se ha extinguido en suelo francés la estirpe de los intelectuales? Aquí Winock concluye con un alegato antielitista: si el horizonte no es ya la revolución prometeica del proletariado, a los intelectuales les cumple ser meramente los obreros (jamás los funcionarios) de una democracia imperfecta, régimen de libertad limitada, de igualdad aproximada y de fraternidad intermitente. Más grande, más profundo, más duradero que los gritos de los panfletarios y la espectacularidad de los manifiestos, señala Winock, es, por tanto, el trabajo cotidiano de los intelectuales anónimos (sobre todo como educadores) en el seno de la sociedad democrática. La conciencia cívica, la negativa a creerse, como persona o como grupo, de una casta superior, la cooperación activa en la implantación de una convivencia social sobre bases éticas no son monopolio de algunos, sino una tarea de todos.

La peculiar visión anglosajona de la intelectualidad francesa nos la proporciona Tony Judt (1948-2010), un historiador brillante y lúcido como pocos. En su libro de 1992 **Pasado imperfecto. Los intelectuales franceses, 1944-1956** (Taurus, 2007), pero también en algunos capítulos de su recopilación **Sobre el olvidado siglo XX** (ibidem, 2008), efectúa una disección implacable de lo que podríamos llamar la enfermedad infantil de relevantes pensadores políticos de Francia durante la década siguiente a la II Guerra Mundial: el comunismo soviético. La obra de Judt quiere ser un ensayo acerca de la irresponsabilidad del intelectual, un estudio a propósito de la condición moral de la intelectualidad en la Francia de posguerra. Ahora bien, ¿qué pasó luego?

Aunque el mito de la revolución y la influencia de 1917 aún estaban vivos en el París de 1981, Francia ha dejado de ser el centro del mundo y sus intelectuales han experimentado el desagrado contemporáneo hacia las grandes teorías en general y hacia el mar-

xismo en particular. Añádase que la atracción de la violencia y el poder de seducción del terror en todas sus formas por fin han disminuido, estima Judt en el estudio de 1992. «Ahora, dice, cuesta trabajo imaginar un regreso a la carga casi erótica que una generación anterior de intelectuales franceses encontraba en sus reflexiones literarias y filosóficas sobre el atractivo de la acción violenta». Al releer sus obras, uno se asombra al ver qué poco tienen en común Jean-Paul Sartre y André Malraux con los jóvenes escritores de hoy, y cuánto comparten, muy a su pesar, con la sensibilidad de Drieu La Rochelle y Robert Brasillach.

Pero, naturalmente, queda siempre lo distintivamente francés, al menos según la perspectiva de un observador británico como Tony Judt. Del mismo modo que el abate Grégoire y sus muchos sucesores, buen número de pensadores franceses actuales «se dan por satisfechos con prometer igualdad para todos, aunque sea al precio de la negación de la identidad individual o comunitaria». Adictos al republicanismo neojacobino, a la imaginación intelectual de los franceses le cuesta, según Judt, aceptar estas dos premisas del liberalismo: la primacía del individuo y la complejidad, pluralidad e indeterminación necesarias y deseables de la vida política. Aún no se han dado cuenta de que el totalitarismo constituye una derivación lógica e histórica de esa visión universalista propugnada por la democracia republicana, que todavía obnubila a tantos pensadores en Francia.

Dos conclusiones más: primera, la creencia, nacida de las circunstancias especiales del asunto Dreyfus, de que la condición ontológica del intelectual en la modernidad es la de un testigo de cargo de la libertad y el progreso ha resultado ser una creencia falsa. Esta conclusión la proclama Judt. Y esta otra pertenece a Montaigne: «Nadie está libre de decir sandeces. Lo penoso es cuando se dicen de forma memorable».

Para esto

La visión del mal de Simon Leys en **Los naufragos del «Batavia»**



FRANCISCO GARCÍA PÉREZ

Desde que tuve la oportunidad de leer y comentar aquí **La felicidad de los pecillos**, ese libro tan lleno de perlas y riquezas, del escritor belga Simon Leys (que es el seudónimo del septuagenario Pierre Ryckmans), me he quedado colgado del autor y, ahora, celebro muy mucho la aparición en español de otro motivo de goce que nos regala, con todas las papeletas tanto para pasar desapercibido como para gustarme hasta el aplauso. Quizá pase desapercibido porque es muy breve, no llega a las cien páginas. Pero si unimos a esta que para mí es hoy una cualidad (seamos breves) que el libro trata de la mar, de los barcos, de un naufragio y de la génesis y desarrollo del Mal, no puedo encontrar otra entretenimiento mejor. Dejen de leerme y acudan a comprarlo a una librería. ¿Una anécdota inicial? Leys escribe el libro que no pudo escribir: lean el prólogo.

En el año de 1629 se hace a la mar el prodigioso navío «Batavia», armado solo en seis meses por la Compañía Holandesa de las Islas Occidentales, con destino a Java. Tras doblar el Cabo de Buena Esperanza, aprovecha los vientos del oeste para surcar el Índico y, así, pone proa a Australia. Pero se produce un fatal error. Aún lejos de la costa australiana, es preciso virar a babor para, empujado por los alisios del sureste, subir hacia el archipiélago de destino. Si el cálculo se efectúa mal y se vira más tarde de la cuenta, el buque irá a dar contra los terribles Houtman Abrolhos, bajíos y rompientes que lo destrozarían sin remedio. Fue lo que ocurrió al orgulloso «Batavia», ese nombre que evoca a los antiguos Países Bajos. Hombres, muje-

La brújula EUGENIO FUENTES

Nocturno

Un viaje en busca de la luz de la luna

James Attlee

Traducción de Joan Eloi Roca

Ático de los Libros. 528 páginas. 23,90 euros

Un texto hipnótico sobre el hechizo del rayo lunar

Un cohete de 2.200 kilos estalló en 2009 cerca del polo sur de la Luna, revelando que bajo la superficie del satélite hay moléculas de agua. Severa amenaza, sin duda, para una Luna destinada a ser colonia humana.

Sin embargo, mucho antes de esa colisión programada, la nívea reina de la noche ya ha-

bría sido atracada por los dioses. El egipcio Tot, por ejemplo, le arrebató parte de su luz tras ganarle unas partidas a las damas. ¿Para qué la quería? **Nocturno**, del británico James Attlee, se lo explicará, como le explicará, con prosa hipnótica, otros cientos de asuntos. **Nocturno** es un seductor volumen en el que una profunda erudición se da la ma-



no con la cosecha de múltiples viajes en busca de las huellas de la luz lunar en los hombres y en sus creaciones. Poblado de negritas —de Galileo a Mussolini o Tanizaki—, pero también de sueños y paisajes inigualables, **Nocturno** es irresistible.

La juguetería errante

Un misterio para Gervase Fen

Edmund Crispin

Traducción de José C. Vales

Impedimenta. 320 páginas. 20,20 euros

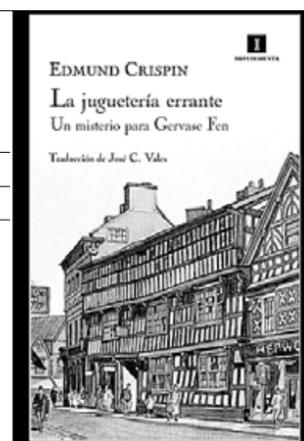
Cuando la novela de detectives vuela muy alto

Si es usted de los que piensan que un buen detective de papel tiene que ser británico para ser de carne y hueso, usted está de enhorabuena. **La juguetería errante**, dedicada al poeta Larkin, es una cumbre del género por su fantasía y la inteligencia de su trama.

Su autor, Bruce Montgomery (1921-1978), estudió en

Oxford, escenario de la obra, y compaginó una carrera de compositor con la escritura de nueve novelas policíacas y dos libros de cuentos. En todos el protagonista es el excéntrico profesor y detective aficionado Gervase Fen.

Montgomery firmó sus obra como Edmund Crispin, nombre de un personaje de la in-



mortal; **Hamlet, venganza!**, de Michael Innes. **La juguetería errante** se inicia con el hallazgo de un cadáver y se complica cuando se esfuma el escenario del crimen, convertido en ultramarinos. A partir de ahí, ya nada es imposible.